



**Paula Gutiérrez Martínez**

**María Angélica Gutiérrez Martínez**

**María Eugenia Martínez**

**Quimeras, entre derechos y costumbres.**

Voces de mujeres de una familia  
colombiana a lo largo de cien años

## La familia. Del mandato divino a la autonomía

### Aurora, la bisabuela

Cuando me casaron en la iglesia del pueblo, un pueblo remoto y perdido en Santander, el cura preguntó si había algún impedimento y yo dije: —Yo lo tengo, yo no quiero a este señor, es más, nunca antes lo he visto—. Nadie me prestó atención. La ceremonia siguió hasta consagrarnos marido y mujer, con el precepto de creced y multiplicaos, hasta que la muerte nos separe. Nadie dijo nada más. Ni mi madre, ni mis hermanas, ni mis primas. Apenas sí soltaron una tímida sonrisa entre sus mejillas sonrosadas. Y así fue que viví con ese desconocido hasta que la muerte nos separó. Esto sucedió 57 años después de la Constitución de Vélez (1853) donde, por primera vez, se reconoció el derecho al voto femenino y menos mal que ninguna mujer se atrevió a salir a las urnas.

Mis padres estaban muy satisfechos de organizarme bien, con un hombre acomodado para que no me faltara nada en la vida. Era inconcebible el que una mujer se quedara soltera, pues había que mandarla al convento para que no se convirtiera en una carga pesada para la familia. Mi esposo, un viejito de 32 en ese entonces, por allá en 1910, sería el encargado de protegerme y convertirme en madre de siete hijas. Yo apenas había cumplido trece años y no tenía idea de lo que era tener un hijo y, mucho menos, de lo que implicaba hacerlo y criarlo. Sin embargo, a los catorce fui madre. Cada vez que yo daba a luz a una de mis hijas, mi marido se ponía muy bravo y se desilusionaba porque no le di la opción de prolongar el apellido de su familia. Si en algo fallé en mi vida, fue

en no haberle dado a mi esposo un hijo para preservar su apellido, el mismo que llevé yo desde ese día en que me casaron en el remoto pueblito en el cual nací y al cual nunca más en la vida volví.

Alguna vez, una de mis nietas se me acercó y me preguntó: —Abuela, ¿cómo era el amor en sus tiempos?, ¿alguna vez el abuelo le tocó la mano, abuela, o le dio un beso?—, yo me puse muy nerviosa de pensar que la niña andaba de amoríos y le respondí muy seria con la verdad: —Nooooo, ¡jamás! el abuelo nunca me dio un beso. Él siempre fue un hombre de buenas costumbres y con un muy buen sentido del respeto. Eso no se usaba en esa época. Eso sí, una vez se gastó toda su paga en mandarme un mensaje por telégrafo. Eso causó un revuelo en la familia porque era el primero que veíamos. Aún lo guardo. Además, ni más faltaba, su abuelo y yo teníamos que ser garantes de las buenas costumbres y transmitir las a nuestras hijas para que crecieran como Dios manda.

Y así fue que, aunque yo nunca conocí el amor como lo pintan en las radio-novelas, sí conocí lo que era ser una buena esposa, con la comida caliente, la casa limpia y organizada y las muchachas del servicio obedientes. Las niñas siempre estaban bien arregladas. Arregladas y calladitas para que mi esposo no se molestara cuando llegaba a la casa.

### Estela, la abuela

Yo tuve un novio antes de su abuelo, que también era un buen partido y que se llamaba Alfonso Palomino, y me empujaba en el columpio. Al él le encantaban

mis trenzas negras y tupidas. Mi esposo era un vecino del barrio en donde quedaba mi casa materna. Nos solíamos encontrar en la calle para jugar canicas y, cuando creíamos que nadie nos veía, nos cogíamos de la mano y yo me sonrojaba tanto, que apenas si podía mirarlo a los ojos. Como nuestros padres eran vecinos de vivienda y de negocio, veían con muy buenos ojos los juegos y los coqueteos callejeros, así que todo se prestó para arreglar la boda. Así fue como de los juegos infantiles pasamos rapidito a las recreaciones del matrimonio. La familia entera aceptó de buena gana esa unión entre las familias.

A mi hermana mayor, Eloisa, le arreglaron el matrimonio con el vecino Luis, desde que ella tenía siete años y él quince, apenas si usaba pantalón largo por primera vez y ya estaba asumiendo la cabeza de un hogar del que nacieron tres hijas y dos hijos.

Mi hermana Virginia, que pocos conocieron, no tuvo la misma suerte que nosotras. A ella la casaron con un filipichín. El matrimonio duró pocos meses, al cabo de los cuales, ella se las ingenió para volarse a la Argentina. Allí vive desde hace mucho tiempo, no quiere volver a su tierra natal y dice que en la vida se sometería a las brutalidades de la noche de bodas. Ella, con rabia y voz chillona, solía decir: —Me casaron con una bestia—. Y aquello le dio el impulso para romper con todas las barreras y volarse a un lugar donde pudiera tomar las riendas de su vida.

A mis otras tres hermanas les buscaron los mejores partidos posibles. Aunque con Ana resultó muy difícil, porque era muy delgada y no parecía que fuera a ser buena para concebir. Cuando estuvieron en edad de merecer, las relacionaron con jóvenes de prestantes familias de la política, de las letras y de la Iglesia. Ana fue cuñada de un presidente, Alicia fue nuera de un literato, y la última, sobrina política de un cardenal. O sea, buenos hombres de buenas familias. Y tuvieron muchos hijos e hijas, sobre todo Ana, de quien nadie lo pensaba. Pese a que inten-

taban planificar, entre cada uno de los hijos, que se llevan dos años entre sí, tenían un aborto natural. Frecuentaban en grupo al párroco del 7 de Agosto que las absolvía en confesión por tan funestas intenciones. Alicia siempre le lloraba y le pedía al médico que la cosiera después de cada parto, porque ya no quería tener más hijos.

Supuestamente, fuimos felices y comimos perdices. A decir verdad, nuestra mayor preocupación eran las fiestas familiares, que eran una delicia en banquetes y juegos de salón, como: ya voy a entrar en ‘cajuc’. Organizábamos charadas o comedias costumbristas. En otras ocasiones representábamos personajes y había que adivinarlos. Todos nuestros hijos e hijas crecieron juntos, como hermanos y hermanas. Casi era difícil distinguir quién era hijo de quién. Así pasábamos veraneos, fines de semana y tardes libres. Todos unidos, como debe ser. La verdad es que hoy en día se han perdido los buenos modales. Y las generaciones están cayendo en la inmoralidad. No sé por qué cambiar las cosas, si nosotras tuvimos todo más fácil. Las mujeres de hoy en día se complican más la vida y se echan más responsabilidades a sus espaldas. Yo rezo por ellas, porque algunas han perdido hasta el recato.

## Luz, la madre

A mi madre y a mis tías las casaron con los mejores partidos disponibles en la ciudad, como enseñaba la tradición. Siempre me he preguntado qué quiere decir eso del «buen partido». Quizá así se llamaba por la dificultad de encontrar un hombre íntegro o completo. O sería porque querían a alguien del mismo corrillo. O tal vez, por la buena jugada que les forjaban a las mujeres y les anotaban gol, muchos goles que después llamaron hijos e hijas. De pronto sería por lo que se desdoblaban con la múltiple personalidad y la doble moral. Se las ingeniaban para mantener dos familias a la vez, una en el norte, la de la ciudad, la de mostrar en las reuniones sociales, y la otra en el sur, venida del campo, la de esconder. Tan

sólo se destapaba el almendrón cuando se repartía la herencia y se cobraban los derechos de todos los hijos, naturales y legales. Váyase a saber qué querían decir las tías con eso del «partido».

Para mí, mis primas y hermanas, las cosas han sido algo diferentes. Por ejemplo, Alicia y Amparo, ellas eligieron a sus maridos entre los amigos de la familia y cercanos a la parroquia. Contaban, de antemano, con la aprobación de los padres y el cuidado de todos los hermanos durante los noviazgos de cinco y diez años. Muchas veces, yo tuve que acompañar a mi hermana y su novio a la misa de medio día los domingos, como garantía de la buena honra de la familia. Las visitas se hacían en el corredor o muy vigilados en la sala.

Por supuesto, ellas se casaron con vestidos blancos, de novia, simbolizando, como son las buenas costumbres, la pureza de la mujer; no faltaba el velo para reforzar la idea bíblica de que el hombre es la cabeza de la familia; ni las arras para significar la dote, ya que ninguna pensaba en trabajar fuera de la casa. Con el anillo de diamantes y las argollas para reforzar el enlace indestructible, felices y emocionadas escucharon la epístola de San Pablo, donde por milenios y con una imaginación desbordante, se les recalca la obediencia que debían al esposo y demás deberes mutuos que tenían que cumplir, por amor. Y de fondo la marcha nupcial. La feliz pareja caminaba sobre tapete rojo y entre hermosos adornos de flores. A la salida se les lanzaba arroz como símbolo de fecundidad.

Recuerdo alguna vez, hace un par de años nada más. Estaba con mis primas haciendo deporte, cosa que nunca realizaron nuestras mamás. Habíamos cabalgado por las montañas y caminos de herradura construidos durante la Colonia para subir del río Magdalena a la Sabana de Bogotá. Descansando en la grama, debajo de un samán, disfrutando del clima cafetero, sintiendo la brisa fresca y el aroma de las flores, renovando el chismecito familiar. Como llamando a lista por orden alfabético, sin reparos porque estamos convencidas de que el chisme es la preocupación por los otros y fomenta la solidaridad familiar.

En el repaso de nuestra lista de nombres y apellidos nos dimos cuenta de la cantidad de mujeres que somos en la familia y los pocos hombres. Nuestro abuelo, que tanto se preocupó para que se conservara el apellido, ha de estar revolcándose en su tumba, aún sin saber que era precisamente su semilla la que definía el sexo de su proge.

En medio del disfrute de nuestro paseo, Alicia comentó: —Esto está muy sabroso, pero ya es hora de seguir camino, si no Sebastián y Jorge no son capaces de

almorzar, ni siquiera se les ocurre poner la mesa porque no encuentran nada, así la nevera, la despensa y los estantes estén llenos—. Acto seguido, Amparo reforzó la burla a sus maridos: —Huy sí, qué karma, son tan inoperantes en la casa, no mueven ni un dedo, todo hay que ponérselo en la mano.

Cecilia y yo, con risita burlona, las animamos a salir corriendo para atender a la familia, mientras nosotras seguíamos disfrutando del paseo. Las dos somos un poco más jóvenes, alcanzamos a ir a la universidad antes de casarnos e hicimos parte del movimiento estudiantil de los años 60 y 70, así que somos las rebeldes de la familia, o sea, las insoportables, como nos suelen llamar.

Nosotras nos independizamos y salimos de nuestras casas paternas antes de que un hombre se responsabilizara por nosotras y pidiera nuestra mano a nuestros padres.

Siempre hemos dicho que preferíamos que ese hombre nos pidiera directamente, mejor, todo el cuerpo. No nos disfrazamos de vírgenes, ni dejamos que nos prepararan una fiesta de bodas. Aunque también nos figuró ir a la iglesia, pues había que apostatar, ya que no existía el matrimonio civil. Aún estaba vigente el Concordato. Y era como penoso que pregonararan en la misa el deseo de retirarme de la Iglesia y convertirme en pagana. Algo así como un escarmiento para la familia. Una amiga mía sí lo hizo y la mamá no se lo ha perdonado aún.

A nadie se le ocurría preguntar si queríamos o entendíamos lo que implicaba pertenecer y creer en la doctrina de la Iglesia Católica. Nos bautizaron recién nacidas, nos confirmaron e hicimos la primera comunión, sin saber que todo ello apuntaba a celebrar diferentes etapas de la vida. Nunca se discutía si habíamos alcanzado un desarrollo de nuestra personalidad adecuado a la edad, si comprendíamos el paso del tiempo o si dudábamos de alguna de las verdades reveladas por los padres de la Iglesia.

Sin embargo, pudimos alzar nuestras voces de protesta en contra de las normas sociales que debe seguir toda familia acomodada de la ciudad, pudimos elegir a nuestros compañeros por fuera del círculo chaperuno que frecuentaban nuestros padres. En algún momento se nos alcanzó a ocurrir que podíamos pensar otras reglas del juego para compartir en pareja, como: convivir un tiempo sin hijos, o a lo mejor toda la vida, ya que podíamos acceder a la pastilla; aportar los dos a los gastos comunes pues podíamos trabajar ambos fuera de la casa; cocinar juntos y repartir las labores domésticas, pensando en que ambos podíamos ser responsables; tomar decisiones conjuntas, pues los dos teníamos cerebro; diluir la idea promisorio sobre la perennidad de la unión y compartir con sorpresa el día a día, con un futuro tal vez incierto; y de pronto, hasta cuestionar la monogamia recíproca, disipando los deseos escondidos en el inconsciente, propios de la existencia humana.

Hoy en día, las solteras son admiradas por sus conquistas personales, por su arrojo y madurez, nadie las considera menos por no tener a un ser masculino a su lado que las proteja. Ya terminando el camino de vuelta a la casa donde esposos, hijos e hijas, sobrinos y sobrinas, primos y primas nos esperan para comer, Emilia, la hija menor de Alicia, comentó:

—Yo vivo contenta sin tener que preguntar a nadie sobre lo que quiero hacer, es más, se me formaría un embrollo tener que depender, y más, pensar en pedir permiso. Así mi mamá se lamenta porque no tengo quien me haga feliz.

Incluso Pepa, como se apoda, pues se llama María Josefa, reafirmó la sentencia de Emilia con una sonrisa mientras pisaba la colilla de un cigarrillo contra la tierra húmeda. Yo siempre he pensado que Pepa nunca ha salido del clóset. Toda su figura es parecida a la de los ángeles de Sopó. Plana de busto y ancha de caderas, viste siempre con pantalón, tenis y camisetitas y blusas leñadoras. Nunca se le han conocido novios o pretendientes. Enérgica y suave a la vez, servicial y autónoma. Es la prima soltera que siempre está disponible para cualquier aventura. Nadie la cuestiona, nadie habla de aquello, todas la aceptan y hasta la quieren. Eso sí, en las charlas nunca se habla de la declaración de los derechos sexuales y reproductivos de las mujeres, mucho menos los relacionados con la población LGTB; simplemente, como no se conocen, no existen, pero están ahí en el inconsciente colectivo. En silencio, casi como cómplices del secreto a voces sobre las preferencias sexuales de Pepa, terminamos nuestra caminata con un gran almuerzo, rodeadas de la algarabía familiar.

Algo similar en afecto y diferente en apreciación sucede con los parientes que tienen alguna señal negroide. Se les quiere, pero no dejan de escucharse frases desobligantes, incluso hasta descalificadoras, porque sus rasgos son gruesos y redondos y sus colores más fuertes. Muchas de las frases se oyen como el

lamento por alguna aventurilla perdida a lo largo de los tiempos, como si fueran el testimonio de un gen flotando permanentemente en el ambiente.

### Lucía, la nieta

Siempre he pensado que mi bisabuela y mi abuela fueron madres adolescentes, como se les suele decir ahora. Una de mis tías, ante ese comentario, alguna vez dijo: —Pues... sí pudo ser, pero no soltera y con la bendición del Padre, como corresponde a la decencia—. Para mí, eso significó: «Sí, pero con un marido que la mantenía y le aseguraba la aceptación social y moral de la sociedad pacata bogotana».

Cuando mi amiga Ana quedó embarazada a los quince años, todos, incluso sus padres, le insistimos en que no se casara, que era muy pronto, que tenía que terminar el colegio, que una carrera universitaria la esperaba, que había muchos hombres aún de los que se iba a enamorar locamente, tal y como estaba enamorada de Andrés. Y así ha sido. Ana ahora tiene una hija adolescente, es una exitosa periodista y vive felizmente con Camilo.

Yo, en cambio, les doblo la edad que ellas tenían cuando fueron madres y aún ni ganas tengo de un bebé al que le tenga que cambiar los pañales, dar de comer y educar en un mundo convulsionado e incierto. Desde que me llegó la primera menstruación conozco los métodos anticonceptivos, los ciclos de mi cuerpo y las formas seguras para gozar mi sexualidad.

La iglesia es un lugar al que sólo he entrado por ocasiones sociales: un matrimonio, un funeral, el bautizo de alguien de la familia. Siempre me impresionó la parte del mea culpa y la forma como mi abuela golpeaba su pecho cada vez que su boca lo decía, como si cargara sobre sus hombros algún desliz impronunciable. No conozco qué es el pecado original y la Biblia se me presenta como un documento histórico, más que como una guía de vida. No estoy bautizada, no hice la primera comunión, ni me con-

firmé, y una boda con bombos, platillos y vestido blanco me parece un despropósito, un gasto innecesario de energía y de dinero.

Tampoco estoy muy bien dotada en cuanto a las labores del hogar. No sé cocinar, no sé tejer, ni zurcir, ni remendar. En general, mis compañeros han sido mucho más versados en asuntos que se suponen de dominio femenino. Es más, mi compañero actual tiene deseos, en caso de tener un hijo, de cuidarlo y tomar la licencia de paternidad, mientras yo me encargo de poner el pan sobre la mesa y trabajar fuera de la casa. No me imagino un padre para mis hijos que no se involucre en las labores de crianza, que no cambie pañales, que no los lleve al colegio, que no nos sirva la comida ni recoja los platos a la par conmigo.

Mis padres siempre nos educaron para ser libres y tomar nuestras propias decisiones. Desde que tengo memoria se nos preguntaba por nuestra opinión respecto a todas las decisiones, desde el lugar para las próximas vacaciones hasta el tipo de medida que considerábamos más apta para enmendar alguna embarrada. Cuando era adolescente era un poco tedioso, debo confesar, el llamado a ‘reunión familiar’ una vez por semana. Ahora que lo veo desde la distancia, agradezco haber crecido en el seno de una familia en la que siempre se escuchó lo que tenía que decir, sin importar la edad o el género.

Por esta forma de crecer, me siento un poco invadida cuando a mis entrados treinta años la mamá de mi marido me sugiere con su tono más amoroso que me ponga un saco porque está haciendo mucho frío. En mi familia siempre hemos asumido (y sobre todo a estas alturas) que si alguien siente frío, pues va y busca cómo sacárselo del cuerpo.

Las mujeres de mi generación nos hemos ingeniado para combinar las tradiciones con las novedades. Ya no se trata, como les tocó a algunas de nuestras

madres, de pelear con todas nuestras fuerzas y pasiones contra las tradiciones machistas y opresoras de las mujeres. Ese camino fue arado por generaciones anteriores a la nuestra. Por lo general, hemos convivido con nuestras parejas antes de casarnos, sin que sea mal visto. Mi abuela era la única que se escandalizaba y solía decir, con tono despectivo, que eso era como la antigua costumbre del *amañe*, tan popular aún en el campo.

Para una, las visitas de novios se realizan en la alcoba y nadie critica nada; han vivido con sus novios antes de contraer matrimonio católico. Viajan juntos por el mundo con mucha frecuencia. Pero, eso sí, se casan con bombos y platillos, por la Iglesia, prometen amor eterno y a la década siguiente realizan el derecho de separarse. Juran obediencia y suelen hacer lo que quieren y pueden. Conservan el sueño mágico del príncipe azul que las redime con el vestido largo y blanco inmaculado. Sin embargo, la iniciación sexual fue antes de los quince años y desean gozarse la vida. Sus maridos colaboran en las labores de crianza de los hijos, cambian pañales, los acompañan a coger el bus del colegio, les sirven la comida, recogen los platos. Ellas pueden rumbar fuera, ir a eventos culturales sin que las lleven del brazo y sin sentir culpas.

Otras, han retomado fiestas paganas para celebrar socialmente el amor. Se visten de rojo y adornan con fuego y velas el escenario en representación de la pasión que los une. Evocan el agua, la tierra y sus frutos como fuente y curso de la vida en sus múltiples manifestaciones. Los contrayentes hablan por sí solos y comunican sus intenciones y los proyectos de vida que previamente han concertado, narran sus historias de amor entre los allegados e invitados. Son ellos quienes deciden qué quieren hacer con su relación. Solicitan consejos a los ancianos y ancianas de la familia, los escuchan.

## Miranda, la otra nieta

A mí no me impusieron ni la religión, ni el marido, ni mi futuro. Me permitieron elegirlos.

—Tengo la típica historia común y corriente, que con el tiempo fui descubriendo que no es tan corriente y mucho menos común. Eso quiere decir, que vengo de una buena familia de clase media, donde había un montón de amor, de seguridad y de protección, y donde nunca faltó «de nada». Sólo faltó un bidé en el baño principal, que tan práctico habría sido para el aseo de las partes pudendas. Y al decir *de buena familia* evité las comillas, porque para mí *buen familia* significa haber estado rodeada de amor, de comprensión, de libertad y de comunicación.

Mi infancia fue feliz, con unos padres que se llevaban muy bien entre ellos y que eran receptivos, inteligentes, muy abiertos (incluso para los gustos contemporáneos), activos, comprometidos, divertidos y de tendencias más bien zurdas. También hacían parte del núcleo familiar dos hermanitas más pequeñas —lo digo por la estatura—, y que fueron fundamentales para soportar mi rancio carácter y que aguantaron mis tirones (de tiranía) de pelo, y los golpes de Estado, ya que organizábamos protestas con carteles y consignas para que nos sirvieran más temprano el desayuno los sábados o para pedir mogollas en lugar de pan. Una vez tuvimos que organizar una marcha pacífica frente al cuarto de mis papás para pedir, que por favor, la mogolla fuera chicharrona.

Gracias a que mi madre en persona luchó duramente por nuestros derechos, y aunque despectivamente la llamen «feminista», es gracias a ella, a quien le debo el ser feliz, y tal vez por eso, muchas personas me califican de «postmodernista». Agradezco enormemente a todas las mujeres que en algún

momento levantaron su voz y nos hicieron la vida más fácil y agradable.

Así que yo era una niña común, aunque, ¡la virgen me proteja!, me dejaban jugar empelota en el jardín. Con el paso del tiempo, me he dado cuenta de que he resultado ser mucho más abierta que muchas otras que aclamaban serlo. Nunca he respetado las jerarquías y no le hago reverencia a nadie. No crecí con las culpas de la Iglesia católica, porque nuestros padres nos liberaron de ese yugo. Tampoco me obligaron a casarme, ni a ejercer un credo y fui yo, con otras amigas, quienes decidimos hacer la primera comunión. Así que nuestros padres llamaron a un jesuita (algo revolucionario) para que nos intentara explicar el significado de dicha ceremonia. Con todo y eso, no nos interesaba, lo único que queríamos eran fiesta y regalos. La misa fue en la casa y la ofició el famoso jesuita —que luego dejó los hábitos y se casó con una candidata a la presidencia—, y cantamos canciones de Piero y no las tradicionales religiosas, como la gente habría podido esperar; mi tía al acordeón y cada una cantó su estrofa a su estilo. Yo me reí, con ataque incluido, como luego me reiría a lo largo de mi vida de muchas otras cosas que se consideraban sagradas. Mi madre se negaba a que usáramos el velo, por su significado, pero yo me moría por tener uno, además del vestido blanco. Me parecía chévere podérmelo poner y sentirme como una princesa; pero no, fui con flores discretas en el pelo, un vestido beige bordado por mi abuela y sin velo.

Pude disfrutar a mis anchas de una plácida adolescencia alargada. Hasta que tuve que hacerme adulta a la fuerza, casi llegando a los cuarenta años, no fue por gracia divina ni por fortuna que quedé embarazada y muy a mi pesar fui madre. Decisión que pude haber retrasado más, si no hubiera sido por el deseo de mi marido de ser padre y porque dicen que a los sesenta ya se está muy mayor para tales tareas. Ahora, cuando mi hija da un paso de independencia, contrario a muchas madres, me alegro montones,

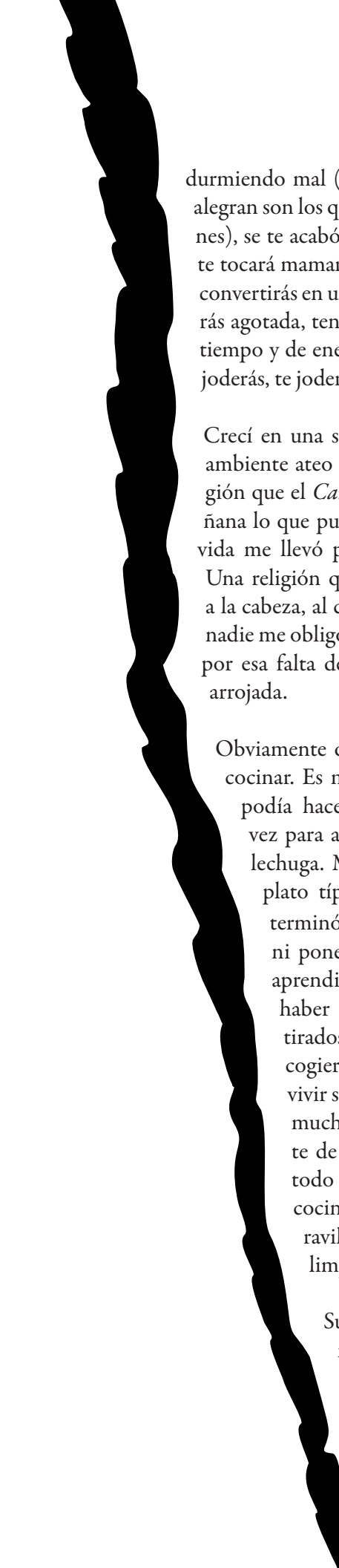
porque cuanto más se despegue del seno materno, más espacio vuelvo a tener, y porque lentamente puedo retomar mi «filosofía de vida». Por supuesto que esto puede ser para muchos, incluso en Europa, *un poco demasiado* liberal y que hijo de tigre sale *un poco mucho* pintado dirán en mi familia, y que afortunadamente, aún soy un poco, poquísimo, parecida a mi abuela, pero que ya casi nada tenemos en común, aparte de los lazos familiares y el afecto que esto conlleva. Aunque a muchas cosas se vuelve. Como que yo sigo diciéndole a mi hija que no chasqué y que no se coma las uñas, que eso es muy feo.

Una vez que fui madre retorné a mi país y a mi familia numerosa de vacaciones, y empecé a preguntarle a cada una de las tías abuelas que habían tenido muchos hijos qué las había motivado y cómo habían sobrevivido a semejante experiencia. Para mi sorpresa todas y cada una de ellas me respondieron que no tuvieron la opción de elegir —incluso las más católicas, apostólicas y romanas— y que si hubieran podido, no habrían tenido tantos hijos. Gracias a ellas no me sentí tan sola en el papel de madre. Todas habrían querido hacer algo diferente en sus vidas y no sólo haber luchado para sacar a sus hijos adelante. Una quería pintar, otra quería escribir y otra fue de las pocas mujeres de su generación que asistieron a la universidad. Alguna, incluso, se mandó a dar vuelta a la matriz, porque era lo único que se hacía en ese entonces, y a su séptimo hijo lo dio a luz dolorosísimamente con la matriz torcida...

Yo habría sido sin duda una soltera y sin hijos bastante feliz. Para mi realización personal no necesitaba de ninguno de los dos. Me alegro en el alma de tenerlos y ahora no me puedo imaginar la vida sin ellos, pero no eran imprescindibles para hallar mi felicidad.

Cada vez que una amiga me comenta que está embarazada, yo le doy mi más sentido pésame. Han llegado a creer que me equivoco porque no es mi idioma, pero rápidamente rectifico y digo: -No es por nada pero no te envidio ni un pelo: vas a estar varios años





durmiendo mal (porque justo los que más se alegran son los que tienen los niños más jodones), se te acabó la libertad y el tiempo libre, te tocará mamarte las horas de berrinches, te convertirás en una sirvienta de tu prole, te verás agotada, tendrás menos sexo por falta de tiempo y de energías, perderás movilidad, te joderás, te joderás...

Crecí en una sociedad católica pero en un ambiente ateo y para mí no había más religión que el *Carpe Diem* (no dejes para mañana lo que puedas hacer hoy) hasta que la vida me llevó por el sendero del budismo. Una religión que adopté porque me habló a la cabeza, al corazón y al cuerpo y porque nadie me obligó, ni me impuso nada. Tal vez por esa falta de temor es que soy bastante arrojada.

Obviamente que salí de mi casa sin saber cocinar. Es más, yo creía que el ajiaco se podía hacer con caldo 'Maggi' y una vez para agasajar a alguien cociné una lechuga. Me tocó inventar que era un plato típico de Colombia. Mi ropa terminó toda de un color, porque ni poner la máquina de lavar había aprendido ¡Ahora me arrepiento por haber dejado siempre los calzones tirados para que alguien me los recogiera! Eso sí, la vida me llevó a vivir sola, soltera y sin compromiso muchos años, a convivir con gente de otras culturas y a viajar por todo el mundo. Así que aprendí a cocinar, a planchar y a lavar de maravilla. Un año me gané la vida limpiando y planchando.

Supongo, en todo caso, que lo mío con mi marido fue cuestión de suerte, pero tuvimos

la suerte de podernos elegir mutuamente. También pude elegir por primera vez en mi vida practicar la monogamia, en parte por una sociedad sincera y gozosa. Me casé, en todo caso un poco asustada (por dejar la buena soltería), aunque pensé que si salía mal, siempre quedaba el divorcio. Más asustado estaba él, porque me decía que yo lo iba a dejar plantado en la notaría de Bonn, un castillo medieval, y creía que yo iba a huir despavorida por una ventana antes de la boda (yo también lo llegué a pensar). Fue también por deseo expreso suyo, y por el amor inmenso que le tengo que me casé con vestido de novia, ya que era su segundo matrimonio y el primero fue como aburrido, así que me dijo que se iba a casar con la mujer de sus sueños y que quería que me vistiera de novia y que lo celebráramos por todo lo alto. Me tocó combinar lo que él quería con lo que yo pensaba. Yo habría querido casarme vestida de novio y él de novia o los dos de payasos. Así que él también accedió a mis peticiones y de esta manera fue como hicimos las fotos para las invitaciones a la boda. No faltó uno que otro conservador que creía que no era un matrimonio serio...

### Cata, la biznieta

Ella hace lo que se le venga en gracia; siempre y cuando no atente contra los derechos de los demás, ni de las cosas. Cada vez que pregunta, ¿mamá puedo? sus padres se preguntan a sí mismos ¿por qué no? Y si no es nocivo para ella, ni para alguien más, ni para el medio ambiente, entonces puede hacerlo.

Nació por parto 100% natural, el que eligió su madre. Ella fue la que dijo con quién, cómo y cuándo. Así que asistieron la matrona, el papá y la abuela. Por supuesto que vino al mundo en otro país, en el agua, sin oxitocina, ni epidural y sin médicos. Su mamá tuvo la oportunidad de tomarse dos años de baja de maternidad remunerados, no siempre color de rosa por las renunciadas tan grandes que representaron. Sin embargo, Cata creció pegada a la teta, amamantada por mucho tiempo, también en lugares públicos,

riéndose madre e hija de los muchos mojigatos que aún quedan en el siglo XXI. La pobre bebé recorrió, sin quererlo, de país en país, en su primer año de vida.

Cuando el papá se iba al trabajo y dejaba a Cata y a Miranda disfrutando de la ternura del colecho, Miranda suspiraba y le decía al padre: ¡Ay, qué envidia que tú te vas a trabajar!” y él respondía: — “¡Ay, qué envidia que tú te quedas en la casa con la bebé!”

Recién nacida los padres festejaron su llegada y la presentaron al grupo más cercano de amigos en su ciudad natal, algo lejos de los vínculos consanguíneos. La pudieron registrar en una de las tantas iglesias cercanas a la casa, que pueden cumplir la función de notarías, sin necesidad de inscribirla en un credo religioso; ese punto lo decidirá cuando sea mayor. Ella solo llevará el apellido que escogieron sus padres cuando registraron la unión y decidieron el nuevo apellido de la nueva familia que se creaba, el del hombre, o bien el de la mujer. Como nació en un país del norte del mundo tendrá la ventaja de viajar por éste, sin visas ni permisos.

Cata, de tres años se pasea por la finca diciendo a voz en cuello que se quiere casar con Federico, su primo mayor, porque le parece *very nice*. Y se agita y se pone colorada. Se le arruncha por las noches en la cama y le dice que ya son como papás y mamás, como ‘gran mas’ o ‘gran fas’, como *opas* y *omas*. Cuando él se ríe y le dice que no quiere casarse, ella lo amenaza con llamar a la *pulicía* si no lo hace, porque ella quiere y así tiene que ser. Poco cree en algunas versiones de los cuentos; por ejemplo, no le gusta que el lobo se coma a la *omita* (como le dice a la abuela alemana), y además, ella sabe que el lobo no tiene las orejas tan largas. Afirma que las fiestas de matrimonio son solo para niños y con bellos vestidos largos, que eso no es juego para los mayores. Tampoco sabe lo que es la obediencia, si le proponen lavarse las manos, responde enfática: —Ahora no, porque estoy muy *acupada*. Y además pregunta siempre por qué la llevan y la traen, le dicen que haga o no haga sin contar con ella.

La prima de acento paisa le comenta preocupada sobre lo que tendrá que hacer cuando se case y el marido le salga aburrido.

Sus padres le enseñan a defenderse por si alguna vez alguien le hace algo malo. Hace juegos aprendiendo a decir que no «enérgica» con la voz y con el cuerpo, cuando algo no le gusta o si no se siente bien en la situación. Ellos están con las antenas bien puestas, por si Cata expresa maltrato de algún tipo por parte de alguna persona.

Ayuda a poner la mesa en la casa, a limpiar y, desde que tenía diez meses elige la ropa que se quiere poner. Es muy usual que en la pequeña ciudad donde vive le pregunte alguna viejecilla que qué es lo que celebra, cuando la ven disfrazada, ella responde: — Celebro que es hoy.

## La educación. De la excomuni3n a la libertad

### Aurora, la bisabuela

Nunca firmé un papel, pues no sabía leer ni escribir. Aunque nací tres décadas después de que ser letrada dejó de ser motivo de excomuni3n para las mujeres, nunca me interesó aprender más que las labores del hogar, que es a lo que una mujer se debe dedicar. Y si no, ¿en qué vamos a parar?

Las letras me parecían jeroglíficos indescifrables y complicados, aptos solamente para la cabeza de los hombres. Era suficiente con saber tener la casa en orden y encontrar para las niñas buenos esposos, tal y como lo hicieron mis padres conmigo. Ese era mi trabajo. Ese era mi deber como mujer.

Nadie se para a pensar en los cambios que yo he visto. Ninguna generaci3n en la humanidad ha tenido semejantes cambios como nosotros: el 7 de diciembre de 1889, la Bogotá Electric Light Company, entró en operaci3n con una central de vapor que por

primera vez iluminó a Bogotá. Como dice mi madre, a partir de la electricidad, todo empezó a cambiar muy de prisa. Al principio no nos dejaban escuchar la radio, pero luego papá se dio cuenta de que no era tan mala y nos permitía escuchar las radionovelas que nos hacían soñar con ciertos personajes, acompañando de voces remotas y mágicas nuestras labores hogareñas.

### Estela, la abuela

Yo había cursado la primaria y el resto del tiempo lo dediqué a acompañar a mi mamá en la crianza de mis hermanas. Mi marido sí terminó el bachillerato y de inmediato prosiguió sus estudios superiores para luego salir a trabajar y poder desposarme.

Tres de mis hermanas terminaron el bachillerato en un prestigioso colegio privado y una de ellas alcanzó a ir a la Normal de Señoritas. Quería ser y fue maestra. El mentado colegio fundado por liberales priorizaba la enseñanza del *glamour* frente a las matemáticas. En historia se enfatizaba en la de la Iglesia y en los grandes próceres de la Independencia, de donde se preciaban descender la mayoría de las alumnas. Eso sí, no tenían ni idea de las mujeres que habían promovido las reformas legales gracias a las cuales ellas podían sentarse en los pupitres y no con un par de agujas en las manos. La prioridad educativa

se centraba en formar señoritas para que fueran amas de casa cultas y aceptables esposas de ministros y empresarios.

A mi hermana Celina, la solterona, la fea, la morenita y malgeniada, no le gustaba nada de la casa, pues prefería leer. Nunca atendía a las labores domésticas. Ella quería acabar el bachillerato e ir a la universidad. Y lo logró; fue una de las primeras mujeres que entró a la facultad de Medicina de la Nacional. Cuando osó ingresar a la especialización de psiquiatría, el Consejo Superior le respondió que las mujeres no tenían suficiente madurez cerebral para ocuparse de las enfermedades mentales. Como mis padres no aprobaban su intención de ser profesional, a pesar de ser pudientes, vivir en un barrio residencial y financiar las lujosas bodas y los ajuares de las otras hermanas, Celina se las ingenió para conseguir dinero. Ponía inyecciones en las droguerías y, a escondidas, chalequeaba algo de la plata del mercado, pues era la única que se atrevía a manejar el automóvil de la familia para ir a la plaza. Se consiguió una beca, fue a estudiar al extranjero otra carrera y viajó por toda Europa a sus anchas. Cuando regresaba de sus travesías, parecía un Papá Noel: traía muñecas de porcelana, vestidos bordados, abrigos con gorros y mitones, que las sobrinas preferidas lucían para ir a la misa del domingo, o para llevar las arras de otra de sus hermanas que se casaba. Para esos gastos nuestro padre sí le daba dinero. A ella casi nadie de la familia la quería, parecía como el castigo a su rebeldía, y eso que ya por 1936 se reconoció el derecho al estudio a las mujeres.

A mí, ni falta que me hizo estudiar más, ¿para qué? Hay que ver en lo que se han convertido mis nietas. Es una vergüenza. Se han convertido en mujeres fáciles, se abrazan con compañeros de la universidad, y salen con diferentes muchachos. Además se han llenado más de responsabilidades y aparte de trabajar fuera del hogar, siguen haciendo las labores de la casa ¡Algunas ni muchacha tienen! Las generaciones que vinieron se complicaron mucho la vida.

### Luz, la madre

A mí me mandaron a un colegio femenino donde aprendí las letras pero difícilmente a leer y escribir, pues la mayoría de los libros figuraban en el Índice (listado prohibido por la Iglesia). Era fácil encontrar las novelas clásicas en la

biblioteca del abuelo pero si uno las leía y comentaba en el colegio, lo castigaban. Así que había que hacerlo a hurtadillas, escondida y con miedo a que lo pillaran, y lo peor, lo que uno no entendía no se podía preguntar. Cuando pesqué *La marquesa de Yolombó*, entendí lo que me sucedía.

Fui a una universidad privada y religiosa, a estudiar una carrera auxiliar, también propia para las mujeres, compatible con las futuras labores del hogar. Con prohibición expresa de entrar a la cafetería donde todos fumaban y de llegar tarde en las noches, pues los temores asediaban a mi mamá, por mi osadía. Muchas de las compañeras consideraban que era un mientras tanto, hasta que consiguieran con quien casarse; por eso, en vez de ir a la biblioteca, preferían jugar cartas. Para el ingreso de las mujeres se pedía una recomendación familiar, no nos hacían exámenes de admisión, ¿como para qué? De pronto las directivas coincidían con la idea del mientras tanto. No era común ir a la universidad, aunque la tolerancia social por el estudio superior de las mujeres ya existía.

Las hermanas mayores no fueron a la universidad, terminaron el bachillerato, trabajaron en docencia y posteriormente, al altar. Las primas menores fueron en coche y tuvieron las puertas abiertas a la educación. Son profesionales; una ingeniera, las demás pedagogas, músicas, antropólogas, comunicadoras, enfermeras, terapeutas, o sea, carreras claramente femeninas. Eso no se cuestionaba, era la oportunidad que daba la época a las mujeres y se suponía como lo natural. Otras, no sabían qué querían estudiar, pero por la inercia social tocaba. Sus papás las apoyaron e incluso las orientaron. Las que no fueron a la universidad, hoy en día, echan de menos no haberlo hecho. Otras intentaron hacerlo después de casadas y tener hijos, también contaron con el apoyo de sus maridos. Mejor, dicho, lo que para unas era un derecho e ilusión, para otras era una imposición social ya consolidada y reconocida.

## Lucía, la nieta

Desde el segundo año de vida ya iba al jardín infantil, así que aprendí a cantar, bailar y pintar. Luego, me matricularon en un colegio mixto y además laico. Así que pude tener amigos sin que me pasara por la mente lo buenos partidos que podrían ser. Lo más importante era aprender a pensar de manera autónoma. Me inculcaron el amor por la cultura y no sólo se podía, sino que se proponía la duda y la pregunta y la reflexión sobre cualquier tema. Nos orientaban profesionalmente y sin mayores diferencias tanto a los hombres como a las mujeres, así que ante el gran abanico de posibilidades que se abrían a la mente era posible tomarse un tiempo largo para decidir. A los 17 años yo me tomé mi primer año sabático, para conocer la ciudad donde vivía, porque mientras estaba en el colegio no salía de ciertas zonas restringidas y sólo montaba en el bus del colegio o el carro de la casa. Así que las crisis de los cambios y las incertidumbres ante la complejidad de la vida adulta, se llevaban su tiempo, para ser elaboradas y tomar decisiones según el biorritmo individual.

Casi todas mis hermanas y primas han culminado la universidad y se han ido a realizar postgrados al exterior, tanto que, actualmente, algunas de ellas han decidido vivir en otros países.

Creo que entre todas hemos conocido los cinco continentes y hablamos al menos dos lenguas. Pasamos de la parroquia a la aldea global. Por eso cuando nos reunimos, nos encontramos con las nuevas generaciones de varias nacionalidades. Cantamos en inglés, español, francés, italiano o alemán. Y por supuesto el internet es el principal medio de encuentro cotidiano.

## Miranda, la otra nieta

He hecho tres estudios universitarios y un sinnúmero de estudios y de preparación para otros trabajos.

Además, cada uno en instituciones educativas diferentes, una a cual más distinta que la otra, y me he negado toda la vida a hacer un trabajo que no me proporcione placer y satisfacción. El dinero, para mí, es secundario. Eso sí, por dinero me puedo sacrificar un par de horas, pero sólo unas horas, porque cuando salgo del trabajo tengo tanto en qué gastar, qué vivir, qué hacer y tantos sueños por realizar, que me merece la pena sacrificarme veinte horitas a la semana para el resto de placer.

En mi entorno se sentía una presión tácita por llegar a «ser alguien», por supuesto alguien importante, hasta que me di cuenta de que lo más importante era ser feliz, así que decidí que no quería ser perfecta en nada, ni sobresalir, sólo ser feliz. Y cada día puedo constatar que no me he equivocado. Creo definitivamente que es mejor arrepentirse de lo que uno hizo y no de lo que uno no hizo.

Estudí Arte Dramático porque quería ser actriz desde que tenía quince años. Obviamente mis padres me apoyaron. Parece increíble, pero aún en estos tiempos hay gente que prefiere que su hijo haga una carrera tradicional, aunque sea el ingeniero más triste del país, o que por lo menos tenga un título universitario para colgar en la pared, aunque haya copiado durante toda la carrera. Yo también copié, para qué digo que no si sí, pero lo que estudié lo elegí yo y a conciencia. Pude darme el lujo de cansarme del teatro y decidir viajar por el mundo. Así que con el apoyo inicial de mis padres, cogí un morral y una maleta y me fui a recorrer el mundo. Los años más felices de mi vida. En los que viví con menos dinero y los más ricos en experiencias. Gracias a eso hice otras dos carreras donde quise y cuando quise y me las pagué yo o me becaron. Para mí siempre ha jugado un papel importante la «autodeterminación». A partir de ese momento empecé a valerme por mí misma y me llenaba de satisfacción saber que yo misma me hice a mí misma, por mí misma y para mí misma. Porque todos los logros eran realmente sólo míos, sin ayuda económica, ni soporte. Eso sí, siempre sabía que tenía un lugar para resguardarme de las fuertes tormentas si venían, y siempre he encontrado gente solidaria y muchos buenos amigos que me prestaron su hombro, y yo a ellos el mío, pues ellos pasarían a ser

mi familia, la elegida y conformada por mí. Así que me hice responsable de mis pasos, de mis decisiones. Disfruté todo al máximo y también lo sufrí al máximo y lo trabajé, lo dormí, me lo perdí o lo retomé, única y exclusivamente porque yo quería. Eso sí, para mí siempre fue un logro poder decir: ahora sí creo que sobresalí, pues esto lo hice sola, sin ayuda ni influencia de nadie. Me negué siempre a cualquier tipo de «palanca». Nunca lo acepté porque me parecía degradante. Así que lo que conseguí y no conseguí fue por mis propios medios y méritos. La verdad es que no recuerdo nada que hubiera deseado y que no hubiera conseguido. Los círculos de amigos los construí yo, el entorno laboral y las actividades de tiempo libre fueron determinadas por mí. No hubo nunca nadie que me introdujera o que me impusiera o que me hiciera el favor de ayudarme. Por eso me siento muy gratificada conmigo misma.

Ahora, llegando a mis 40 estoy pensando que a los 50 voy a hacer un doctorado, sólo por placer.

### Cata, la biznieta

También va al jardín infantil desde el segundo año. Tiene la ventaja que la abuela la puede ver en Skype mientras juega con sus compañeros, así viva a leguas de distancia, simplemente con un código para entrar. Allí se encuentra con niños y niñas pakistaníes, rusos, ecuatorianos, mexicanos, chinos, hindús, procedentes de más de cincuenta nacionalidades.

Habla dos idiomas como lengua materna, y entiende un poco de un tercero.

Sus padres tuvieron la oportunidad de elegir qué educación podía tener incluso en la primerísima infancia. Por supuesto que probó la antroposofía de Rudolf Steiner cuando estaba pegada a la teta, luego los montessori, los católicos y los internacionales y al final fue a parar en donde los evangélicos, por abiertos. Cuando nació, la *oma* le abrió una cuenta bancaria donde le ingresa un dinero mensual, para que cuando crezca, pueda estudiar lo que quiera y donde quiera. En el país en donde vive la competencia es muy alta. Sin embargo, la educación es un derecho y no un privilegio. Así que todos pueden estudiar si quieren.

Ella le replica a su abuelo si no está de acuerdo y se mezcla en las conversaciones de adultos y es escuchada cuando da su punto de vista.

Ya sabe nadar, esquiar y montar a caballo y en patines de línea, mejor dicho, ya entiende algo de *hobbies* y pasatiempos que la distraerán en el futuro durante sus tiempos libres.

## **Sobre el trabajo.**

### **De la necesidad a la incertidumbre**

#### **Aurora, la bisabuela**

El recuerdo más nítido que tengo de mi vida, es estar sentada detrás de una mesa de coser o con una aguja en la mano, bordando un faldón o un vestido de primera comunión. Vestida con falda larga, de color oscuro y el cabello recogido en la nuca. Siempre calladita, apenas sí a veces gemía porque me quedaba mal el tejido, pero ¿qué hacer? desbarataba pacientemente y seguía con mi quehacer. Parecía una hormiguita. Nunca dije un «yo quiero», tampoco expresé una opinión. Nunca me preguntaron, nunca siquiera pensé en la opción de decidir algo sobre mi vida.

Siempre tan tierna y de sonrisa amable, como me suelen recordar aún ahora. Tras mi muerte, a los 62 años, dejé tan sólo siete hijas, todas mujeres y ningún hijo. Dejé mi máquina de coser y demás aditamentos como agujas, hilos, encajes, retazos, tijeras y demás. También legué 35 nietos y nietas.

Casi siempre tuve quien me colaborara en los oficios de la casa, así que mi labor era organizar el mercado en la despensa, el que hacía mi esposo los domingos en la plaza. La empleada vivía casi toda su vida en la misma casa y allí se le cuidaba cuando enfermaba y se le asistía en la hora de su muerte. Vivía en el cuarto del primer piso, detrás de la cocina, el lugar apropiado para el servicio, y se vestía con la ropa vieja que dejaban las otras mujeres de la familia.

#### **Estela, la abuela**

Yo heredé de mi madre la habilidad para tejer, coser y cocinar, así como todos los implementos necesarios para hacer las labores del hogar. Nunca pensé en otro trabajo posible para mí. Nunca tuve que hacer las cuentas de la casa, nunca manejé más dinero que el que mi esposo me daba para el mercado y las cosas domésticas. Nunca entré a un banco, nunca pisé una oficina.

Mi hermana Georgina, pobre de ella, enviudó relativamente joven. A los 32 años quedó a cargo de cinco hijos. Siempre había sido sana y culta mujer de hogar. No había tenido que preocuparse por el patrimonio familiar, así que no tenía idea de cómo manejar ni siquiera una cuenta de banco. Como tampoco tenía hermanos que la orientaran, la herencia se le volvió muy pronto haches y erres, así que le tocó empezar a trabajar para mantener la casa y educar a los hijos. Esto sucedía quince años después de que las mujeres adquirieron el derecho a la propiedad y libre disposición de los bienes. Con el tiempo logró consolidar una empresa de moda infantil y hasta acumuló un buen capital. Narran las malas lenguas que una vez,

sin saberlo, giró un cheque sin fondos porque todavía había cheques en el talonario ¿cómo iba ella a saber que esos papelitos tenían que corresponder con el dinero que había en el banco?

Hace poco una de sus sobrinas le preguntó por qué empezó a trabajar en algo diferente a su casa y cómo logró hacer dinero para defenderse económicamente. Su respuesta fue: —Dios lo quiso así, en parte me puso la necesidad y así me defendí. Cada uno tiene el destino ya trazado y ese era el mío.

Yo viajé en burro de Manizales a Bogotá, tardamos como doce días, fue un paseo pesado pero delicioso. Ahora, cuando voy con mi familia en carro, me parece increíble, y el avión me da miedo. ¡Qué rápido va todo! Nosotros no vivíamos tan a las carreras. De las invenciones modernas, la que más me gusta es la televisión. Hay programas muy interesantes, y me gustan las novelas. Aunque debo admitir que me espanta ver otros que están cargados de inmoralidad. Las mujeres ya no se hacen respetar, ni respetan a sus mayores. Dicen que tienen más educación, pero a mí me parece que tienen menos. Si yo le hubiera respondido a papá como responden ahora, me habría regañado por insolente.

## Luz, la madre

Empecé a trabajar cuando terminé los estudios en la universidad. Al poco tiempo quedé embarazada y como no había tramitado la cédula de ciudadanía con el “de” de casada me dijeron que me despedirían por amancebamiento y no tendría derecho a la licencia de maternidad. Así fue como tocó cumplir con la ley que ratificaba que yo pertenecía a alguien más. Como siempre trabajé en el sector formal, estuve vinculada a la Seguridad Social, con todas las prestaciones y derechos que eso implicaba, como vacaciones, licencias, primas y hasta jubilación. La verdad, el acceso a todos esos derechos se hizo por obligación silenciosa, el ahorro por descuento de nómina era casi imperceptible y sin tener mayor conciencia de las ventajas que traía en la vida cotidiana. Los servicios fueron apareciendo uno a uno, cuando los riesgos se iban presentando y las etapas de la vida iban siguiendo su curso.

La mujer que cumplió el papel de madre sustituta de mis hijos por más de quince años, cuando yo salía a trabajar, dudó mucho tiempo en darme la copia de la cédula de ciudadanía para afiliarla al Seguro Social. Una vez que le comuniqué que no podía seguir trabajando conmigo si no me la daba, me dijo entre sollozos: ¿“Es que me va a meter allí para echarme de la casa?”

Algo estremecedor le sucedió cuando logró una casita que hizo por autoconstrucción. Al poco tiempo de instalada le costaba mucho trabajo comprender el pago de impuestos y que nadie le limitara el uso del agua, como ocurría en la pieza donde vivía antes. Menos mal que hoy en día puede vivir tranquila con su pensión de salario mínimo y sin pagar arriendo. No tiene que deambular por las calles pidiendo limosna, como una viejita que me insultó en un semáforo: “Ud., vieja inmunda que le serví toda una vida y ahora no es capaz ni de darme un centavo p’al desayuno”.

Varias de las primas hemos desplegado nuestros talentos en las labores profesionales, a algunas nos han hecho reconocimientos especiales y hemos ganado premios por nuestros aportes. Esto es

considerado como algo normal, como fruto de la pasión y el compromiso. Una de ellas ha obtenido galardones internacionales y lo más irónico es que no ha estado jamás afiliada a la Seguridad Social, así que tendrá que trabajar hasta bien entrada en edad.

Otras han quedado satisfechas con reproducir lo aprendido en la universidad y cumplir con los deberes. Una de ellas dice: -“Eso es lo que tenía que hacer y lo hice, así aprendí, a trabajar disciplinada y honestamente. Y a decir verdad, es la base de mi autonomía”

Para unas la Seguridad Social es un derecho garantizado por las empresas o el Estado. Otras supieron negociar sus ingresos y afiliaciones a la Seguridad Social. A otras, ni se les pasa por la mente que eso es importante para la estabilidad y autonomía económica, pues la herencia les permite vivir con holgura y moverse en otras esferas de las relaciones sociales. Para quienes no tuvieron la suerte de correr con empleadores responsables y formales, que trabajaron en oficinas de prestigiosos abogados, economistas, ingenieros o arquitectos, difícilmente consideran que es un paquete de derechos integrales que vale la pena exigir, ya que son buenos amigos y de ellos aprendieron muchísimo. ¿Con esos amigos para qué enemigos? De pronto subyace la idea de que esas son cosas para obreros, no para profesionales, o sea, poco digno para cierta condición social. De nuevo, vaya uno a saber. Parece algo así como la persistencia de las relaciones artesanales entre el sabio y el aprendiz del medioevo. Lo cierto es que transcurrido el tiempo y pasaditas de años, unas disfrutamos la jubilación y otras siguen laborando para mantenerse.

## Lucía, la nieta

Así como estudiar, trabajar o no trabajar es una cuestión que jamás me he planteado. Lo que sí me he hecho es muchas preguntas sobre qué significa

trabajar, cómo y con quién quiero trabajar y qué espero de mi trabajo, aparte del sustento diario.

El trabajo más estable que he tenido duró tres años y medio, al cabo de los cuales terminé sorprendida de lo inapropiadas que son las oficinas para la productividad y de lo tedioso que resulta tener que calentar el puesto de trabajo así ya no haya nada por hacer, mientras se mira por la ventana, envidiando a la gente que come helado y disfruta de soleadas o lluviosas tardes, libres, en la calle. Nunca he buscado la ‘estabilidad laboral’ y, en realidad, me aterra un poco la idea de un-trabajo-para-toda-la-vida.

Los últimos cuatro años, los he vivido moviéndome de un lado a otro, cambiando de lugares, de gente, de paisajes, de climas, de sabores, de costumbres. Trabajando con gente que no entiende mi acento en inglés y a quienes no les entiendo ni una jota su idioma, dándonos a entender con gestos y señas. Resulta divertido, aunque no siempre fácil, vivir en una torre de babel en la que la intuición es el único código que vale, ya que la razón no se puede expresar verbalmente.

Aprender a manejar mi cuerpo, mi vestuario, mi impaciencia y mis expectativas, de acuerdo al lugar en donde estoy. Aceptar con un poco de gracia que las mujeres indias se quejen ante el honorable Embajador de Colombia porque las niñas que trabajan en la embajada colombiana llevan los hombros descubiertos, mientras el sopor de 49 grados centígrados de temperatura apenas si me permite tener puestos los calzones.

Toparse con hombres africanos que miran el escote de la camiseta mientras uno está tratando de vislumbrar con ellos el futuro de la infancia en su país, el cual, definitivamente, no está en mis pechos de blanca flaca y desgalamida. Encontrar esos silencios de no atención cuando uno pregunta quién en el equipo



se va a responsabilizar de esto o aquello, simplemente porque una mujer joven no tiene ni la menor posibilidad de opinar sobre lo que hay que hacer.

Ser la vocera de los grandes organismos internacionales que trabajan en pro del ‘desarrollo’ del mundo ‘sub-desarrollado’; verme como una salchicha de perro caliente, espichada entre los discursos y formatos de las políticas globales y los ritmos y tiempos de las realidades locales.

Trabajar en un mundo que plantea el reto de establecer puentes de comunicación entre las culturas, los géneros, las generaciones, las etnias y las razas, un mundo interconectado y veloz, que nos ha dejado a estas generaciones la incertidumbre como valor y, paradójicamente, como forma de aprovechar una mano de obra calificada, flexible, a la que no se le tiene que pagar ni el puesto de trabajo, ni los medios de trabajo, ni ningún tipo de seguridad social.

### Miranda, la otra nieta

Mi mamá siempre trabajó fuera de la casa, y por eso siempre la admiré.

Hace poco, un profesor de la Universidad Nacional se sorprendía de que el mundo estaba cambiando, en términos de que la persona ya no se definía por su trabajo, ni encontraba, a través de éste, su lugar en la sociedad, como antes. Yo solté una risotada, porque nunca pensé que alguien se pudiera definir por su trabajo. Si no, ¡yo no tendría definición! Yo pienso, luego existo; yo siento, luego existo; yo vivo, luego tengo un lugar en la sociedad. No necesito más. He tenido más puestos que un bus, como se dice, sobre todo por lo que pagaban: mesera, vendedora, actriz, traductora, niñera, profesora de buceo, profesora de lenguas, marketing manager, ama de casa, teleoperadora, etc... No me he centrado en mi carrera, como muchas otras de mis amigas, que son las que man-

tienen la casa, y el marido se queda con los pequeños, o que ganan tanto, que son ellas las que le tienen que pasar pensión al marido cuando se separan. Algunas han decidido comprarse su propia casa por separado, para no tener problemas después a la hora del divorcio.

En el país en el que vivo la mayoría de las mujeres se quedan en la casa cuidando a sus hijos. Yo me opuse, y aún me opongo. Así que he tenido que aguantar a buenas amigas preguntándome: — ¿Y es que tu marido no gana suficiente que tienes que ir a trabajar? — Y no puedo evitar pensar: —Me extraña que me pregunte eso si ella se aguantó años de desamor y de desprecio de su marido, y no lo podía dejar porque le faltaba independencia económica, y ahora que lo dejó, se quedó sin nada y ni sus hijos se lo agradecen.

Ahora de casada, por fin y para alegría de mi madre, llevo la casa organizada. Tengo ayuda, pero la chica que lo hace va a la universidad, está asegurada y sé que ella lo hace como algo pasajero, y que algún día ganará incluso más que yo. Eso evita que yo sienta culpas por tener a alguien limpiándonos lo que vamos dejando detrás.

### Cata, la biznieta

—Quiero ser astronauta y volar por todos los aires, o tal vez aprenda a manejar tractor, pues me encanta cuando veo al campesino Kuttelmuttel manejando uno. Me gustaría ser tam-

bién espía de los animales salvajes del África, no sea que vaya y me muerda un león. No me importaría ser jardinero o maestro de obra, porque siempre le ayudo a mis papás a arreglar todo lo de la casa y cuando algo se rompe digo: —No importa, papá lo arregla.

Tal vez, cuando yo sea grande, quiero ser sólo mamá. Mamá de gaticos que son los que más me gustan y no molestan mucho.

Y ya para finalizar, en una de las tertulias familiares alguien dijo: -Doy un premio a quien sepa qué se conmemora el 8 de marzo. Después de un prolongado silencio, una se atrevió a decir: “EL DÍA DEL HOMBRE”.